

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

Lo que no perdonamos a marzo

Marzo entró en la ciudad como le correspondía hacerlo: en alas del viento y después de refrescarse a su gusto en las cumbres de Izaña.

Como siempre, germinal de gripes y pulmonías.

De todos modos le dimos la bienvenida ya que, de esta manera, lo mejor es presentarse sin disfraz.

Un carácter sostenido es siempre una magnífica garantía. Si marzo marcea, ya sabe uno a qué atenerse. Este mes es el símbolo de la inestabilidad, la quinta esencia de lo voluble.

El viejo refranero español se extiende, con toda amplitud, sobre el mes que tomó el nombre del dios de la guerra, a quien Rómulo lo consagró. Más adelante fue dedicado a Mercurio y personificado en la figura de un hombre cubierto con una piel de loba.

Y vamos con el antes citado refranero: "Cuando marzo mayea, mayo marcea", "Marzo marceador, que de noche llueve y de día hace sol", "Marzo marcelero, por la mañana rostro de perro; por la tarde valiente mancebo; "Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso"; "Si marzo vuelve..." Pero, ¿para qué seguir?

Repito que marzo es el símbolo de la inestabilidad, de la quinta esencia de lo voluble.

Pero, de todos modos, así conviene. Que sea constante en su inconstancia.

Porque, "si marzo mayea, mayo marcea". No. Que al menos en el tiempo cada uno ejerza su papel.

Marzo marcelero no engaña a nadie. Jamás lo ha hecho y ahí están, atestiguándolo, esas píldoras de sabiduría popular que son los refranes. Ya todos sabemos que no nos podemos fiar de él. Que si amanece claro, anochecerá lluvioso. Que si el cielo está azul, no habrá más remedio que tomar el paraguas o el impermeable. Que si ha subido el termómetro habrá que recurrir—al menos en algunas zonas del interior al recurso de la calefacción.

Nadie sufre desilusión si marzo no le trae nada bueno. El no es más que veleidades, variaciones constantes de su veleta. Y ya está bien. Si no puede ser Germinal, que sepa ser marzo. Nada más difícil ni más meritorio que saber ser lo que se es.

Los romanos ponían junto a la figura que lo representaba un macho cabrío, una golondrina y un vaso de leche, símbolos todos de la vuelta de la primavera.

Pero este mes inconstante sigue haciendo de las suyas y, ni el paso de los siglos, le ha servido la necesaria experiencia para sentar, de una vez y para siempre, esa cabeza casquivana.

No, con marzo no hay nada que hacer. No lo habrá nunca. Ni el que muere por su culpa tendrá el más mínimo derecho a quejarse. Demasiado sabemos que, con los pulmones henchidos de vientos de Izaña, sopla con ímpetu sobre las vidas de las ciudades.

Pero puede que marzo tenga sus días—o sus años o sus siglos—ya contados. Y es que cruza el mundo un vendaval que derriba y desarraiga las tradiciones, los derechos, las libertades más firmes. Los contratos sociales vuelan como hojas secas. A bombazos se impone la voluntad del más fuerte. La horca o el piquete de fusilamiento levantan de nuevo sus trágicas sombras y, lo que es peor—mucho, pero mucho peor—ya apenas hace mella en los corazones el silencioso y triste dolor de toda la humanidad.

Todo, hasta el tiempo, caduca a la voz de "orden y mando" de los científicos. Sí, el pobre tiempo va como un perro fatigado detrás de los hombres de bata blanca que se extasían ante las profecías meteorológicas de lejanos satélites artificiales. Sí, también el tiempo caducará y a marzo se le terminarán sus veleidades. Un día, los sabios de la Tierra lanzarán un decreto que diga: "Artículo único: Queda prohibido el tiempo". O el clima, si se quiere.

Y entonces el trigo madurará instantáneamente. Como los climas serán controlados automáticamente, la dicha más completa se enseñoreará de la Tierra. Entonces los pueblos vivirán felices, llenos de pan y de reales, democráticas o dictatoriales órdenes protectoras y rebosantes de previsión. Les llegará la satisfacción antes que la necesidad, como se anticipa el relámpago al trueno.

Pero el tiempo, bien lo sabemos todos, es un viejo redomado.

Y, sin duda alguna, hará una jugarreta. Preso y todo, como un presidiario, sabe ocultar la lima, él acertará a esconder su reinado sobre la naturaleza de las cosas. Y llegará un día en que recupere la libertad y se libre de todos los controles.

Y, seguros estamos, será marzo el autor de la tal liberación. Como lo ha sido también de estos bruscos cambios de tiempo y, lo que es peor, de los apagones—pocos, pero apagones—que ha padecido Santa Cruz. Y eso sí que no se lo perdonamos a marzo. O a quien sea.